

## UN RETRATO DESCONOCIDO DE UNAMUNO Y UNA ANECDOTA\*

En el año 1909, la Academia Médico Escolar de Valencia organizó varios actos para celebrar el nacimiento de Carlos Roberto Darwin. El principal atractivo de este homenaje era que Unamuno había prometido asistir y tomar parte en él. El citado homenaje tuvo que aplazarse unos días, pues «El sabio catedrático de la Universidad de Salamanca, doctor don Miguel de Unamuno, asistirá a la velada que en el paraninfo de esta Universidad se ha de celebrar, velada que se ha aplazado hasta el segundo y tercer día de Carnaval, época en la que el doctor Unamuno podrá venir a Valencia sin faltar a las aulas» (*Mercantil Valenciano*, 12-II-1909).

Unamuno llegó a Valencia el día 22 de febrero en el correo de Madrid. Se avisó con tiempo su llegada para que saliesen a la estación a recibirle sus muchos admiradores. El mismo día, con lleno imponente, pronunció don Miguel su conferencia sobre Darwin. «Se le recibió con una estruendosa salva de aplausos, que duró algunos minutos.» Al día siguiente debía dar otra conferencia, ésta de tipo político, en el Ateneo Científico. Dada la relativa pequeñez del salón y el numeroso público que quería asistir, se propuso de nuevo el paraninfo de la Universidad, a lo que el rector accedió. El éxito de esta segunda conferencia fué inmenso. Extractos de las dos, con sus correspondientes comentarios admirativos, pueden leerse en *El Mercantil Valenciano* (23 y 24 de febrero). Asistió don Miguel al descubrimiento de una lápida conmemorativa, en la Facultad de Medicina, en ho-

---

(\*) La fotografía a la que este artículo se refiere la encontrará el lector al final del mismo.

nor de Darwin. Y, finalmente, se le dió un banquete. Marchó el 25 del mismo mes. Fueron a despedirle catedráticos y la inmensa mayoría de estudiantes. «Al partir el tren resonó en los andenes una salva de aplausos.»

Don Miguel fué, en los breves días que pasó en Valencia, la figura central de la ciudad. La opinión y los periódicos estaban divididos: ya devotísimos de él, ya atacándole a causa de sus ideas. Pero, de cualquier manera, pendientes de lo que hacía y de lo que decía, que fué mucho y muy sabroso. Y, naturalmente, como siempre que se encontraba en una región bilingüe, habló sobre la lengua y sobre el sano regionalismo.

El excelente fotógrafo y pintor Novella, hoy retirado, tenía su estudio en la calle de la Paz, y sus fotografías, especialmente retratos, eran los más apreciados en aquellos años. Novella era, y es, conocidísimo y estimado como persona y artista en los medios intelectuales de Valencia. Ya se sabía que cualquier persona de importancia que pasase por la ciudad debía de posar ante él. Entre estas personas hay que destacar a su majestad la reina doña Victoria Eugenia que, por cierto, también tiene una gentil anécdota: Novella había preparado en su estudio un tocador para que su majestad se arreglase un poco, si le apetecía, antes de posar ante la cámara. La reina, después de hacer uso de él, dejó prendido en el peine de plata unos cuantos cabellos rubios. Novella recogió los dorados cabellos de Victoria Eugenia y los metió en un tubo de cristal que fué lacrado, y un notario que estaba presente dió fe de su procedencia.

Pues bien: Unamuno, a quien toda Valencia y aun España seguía con tanto interés, se enfrentó con el fotógrafo tan acostumbrado a tratar con celebridades. No congeniaron. El primer choque surgió al sentarse Unamuno en un sillón frailer que tenía bien visible una cruz repujada en el respaldo. Novella, dado lo que decían los periódicos de la derecha sobre la significación del centenario valenciano en honor de Darwin, se permitió indicarle a Unamuno, por si no lo había percibido, la existencia de la cruz, que saldría en el retrato. Unamuno, en tono ligeramente irritado, sacó de debajo de su chaleco su inseparable crucifijo, dando a entender al fotógrafo que sobraba la observación. Luego se metió a teorizar sobre el arte fotográ-

fico, diciendo que el fotógrafo debe de ser como un cazador que coge la pieza desprevenida y no en actitud propicia, dispuesta a dejarse cazar. Todo esto, dicho en tono de enseñanza. Mientras se lanzaba a esta digresión, Novella iba arreglando las luces, y sacó, sin que lo advirtiera, la fotografía. Unamuno, finalmente, se puso en posición para ser fotografiado, a pesar de su teoría, y cuando Novella le dijo que la fotografía estaba hecha desde hacía mucho rato, Unamuno mostró cierto malhumor y hasta se le escaparon unas palabras despectivas sobre el resultado del retrato, demostrando poco interés por él. Estas palabras molestaron a Novella, prometiéndose a sí mismo no regalársela si don Miguel, de una manera clara, no se la pedía. Tan pronto como la fotografía estuvo hecha, Novella, con aire triunfador, porque la fotografía es realmente magnífica (38 por 28, tono mate sepia), se la enseñó a don Miguel, que no se atrevió a pedírsela directamente por no reconocer su equivocación respecto a la maestría evidente del fotógrafo. Todo lo que se le ocurrió decir fué: «A Concha, a mi mujer, le gustaría mucho tenerla.» La estuvo contemplando un buen rato y volvió a repetir la frase. Pero Novella quería que se la pidiese paladinamente, quería que don Miguel rectificase su anterior apreciación. Pero no estaba en el carácter de Unamuno dar el brazo a torcer. Y así quedó la cosa: don Miguel, con muchos deseos de llevarse el retrato y sin pedirlo. Total: que Novella rompió el clisé de esta espléndida fotografía y sólo sacó dos copias: una para mi venerado maestro y amigo don Carlos Vifials, acérrimo unamunista, a quien don Miguel se la dedicó con mucho cariño, y la otra copia la guardó Novella hasta que, hace unos años, tuvo la generosidad de regalármela y la amabilidad de contarme el origen de ella.

RAFAEL FERRERES.

Valencia. septiembre 1953.